

PRÓLOGO

CONOCÍ A RAFAEL Narbona un uno de septiembre. Acabábamos de ser asignados al mismo destino y allí estábamos los dos, extraviados en aquella oficina, manoseando impacientes las identificaciones que teníamos que presentar a la jefatura. En esas situaciones de nervios funciona entre nosotros los tímidos una suerte de solidaridad espontánea que, bien cultivada, puede servir de sustrato a una hermosa amistad. Cuando por fin nos sellaron los papeles y nos dieron el resto del día libre, salimos de allí rápidamente en busca de una cantina donde celebrar y lamentar, a partes iguales, que habríamos de combatir juntos los próximos meses.

Rafael Narbona es una de las personas más sorprendentes que he podido encontrarme. Su aspecto físico –bajito, dulce timidez, mirada de azul infantil– le ayuda a ocultar que pertenece a la raza de los indomables, de quienes se entregan con audacia a los mayores atrevimientos, a saber: declarar con sinceridad y vehemencia sus convicciones. Descifrar con solvencia los secretos de Heidegger. Darse a la fuga en un coche robado. Gastar las bromas literarias más corrosivas. Conducir una moto de gran cilindrada ignorando la amenaza del radar. Ser vegetariano. Empuñar con gesto prepotente pistolas y carabinas. Amar a los animales con ternura franciscana. Tatuarse una salamandra sobre el antebrazo derecho. Pasarse con la ingenuidad de un cordero entre militantes de extrema

derecha y de extrema izquierda. Proclamar a los cuatro vientos sus errores, no esperando el perdón o la aprobación de nadie, sino por mera honestidad en su incansable búsqueda de la verdad. Practicar la crítica literaria en un periódico con responsabilidad y elegancia, aplicando, si es el caso, la paciencia antes que el anatema. Estremecerse con el dolor de los desprotegidos. Ser profesor de filosofía por oposición y obtener el cariño de sus estudiantes. Hallar a Dios en un mendigo de la Gran Vía. Explicar públicamente sus experiencias con la bipolaridad. Ser, en el buen sentido de la palabra, bueno. Acariciar por igual a perros, gatos y serpientes. Acariciar el filo de una navaja. Mirar a los ojos a la muerte y aplazar indefinidamente la cita hasta otro día. Día que yo espero esté todavía muy lejano para este quijote curtido en mil batallas y mil lecturas.

Así es el letraherido Narbona, en perpetuo combate con la escritura y consigo mismo. Lidiando para delimitar las ideas con exactitud y para expresarlas en buen estilo literario. En la disputa cervantina acerca de si son más importantes las armas o las letras, Rafael podría aducir que la Literatura ya es en sí misma una contienda con las palabras, de la que se puede salir vencedor o vencido.

Fruto de esta continua lucha son la quincena de relatos que Rafael Narbona nos ofrece en esta antología. Un ramillete de cuentos unidos por la presencia común de la brutalidad, la violencia y la guerra que para los griegos personificaba el dios Ares. El espíritu de la batalla, que goza en la agresión sin consideración alguna de justicia o lealtad.

Cuando Ares despierta de su sueño, se desencadena la pesadilla. Poco importan los motivos que desaten la pelea. Los mundos en los que Narbona sitúa sus relatos son muy distintos, pero todos coinciden en su panorama desolador, donde no quedan certezas a las que asirse.

¿Qué justificación tiene el encarnizamiento de un asesino en serie con los cadáveres de sus víctimas en el Londres victoriano?

¿Podemos escoger el uniforme que vestimos o más bien somos soldaditos de juguete arrastrados por la Historia? ¿Sabía el asesino de García Lorca que la primera víctima de la guerra es la Poesía? ¿Soporta más miedo el soldado que combate ciegamente, o el deportado con su calvario de injusticias por todo equipaje? ¿La resistencia al agresor es un acto heroico o la reacción desesperada de quien no tiene más salida? ¿Por qué no se pudo parar la embriaguez que convirtió Europa en un infierno? ¿Por qué en las hecatombes contemporáneas nadie asume, como en las tragedias clásicas, su propia *hybris* o culpa?

En este libro, el nuevo mundo anda tan desnortado como el viejo. Los pregonados ideales norteamericanos de libertad y emancipación no pudieron derrotar al racismo, ni impidieron que los temibles forajidos del Far West o los sanguinarios gánsteres de Chicago y Nueva York gozaran de una injustificable aura de héroes románticos. En el país de la igualdad las oportunidades están reservadas a unos pocos, y las calles son una peligrosa jungla de asfalto desde donde los jóvenes pueden emprender un viaje cuesta abajo a toda velocidad, como la roca de Sísifo, directo hasta el presidio.

La fascinación por la guerra es una constante literaria desde que hace treinta siglos la musa de Homero cantó *la cólera del Pelida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes...* Pero Rafael Narbona no es cantor de gloriosas epopeyas. Más bien actúa como el forense que mide y documenta las heridas, intentando desentrañar las causas de la violencia, esa tara de la conducta humana que nos resulta tan imposible de erradicar como los parásitos intracelulares.

Narbona, narrador de raza, analiza con acierto el miedo y el espanto generalizados, a los que unos pocos intentan hacer frente con cierta dignidad. No existe el heroísmo, escasea la compasión,

desapareció el amor. Donde la épica clásica ensalzaba las virtudes guerreras, Rafael Narbona desenmascara las justificaciones del poder, los pequeños y grandes egoísmos que resultan en desprecios de la vida y de la lógica.

El viaje por el fragor de la violencia no va a resultar precisamente placentero. Pero no temáis. Narbona es un guía experimentado que tiene lo necesario para emprender esta misión. Su visión certera le sirve para identificar inequívocamente los personajes y delimitar su posición exacta en el campo de batalla. Sabe empuñar la pluma con pulso firme y manejarla como un preciso instrumento de disección, clavándola hasta lo más hondo si es necesario.

¿Miedo, indecisión? No, Narbona no es de esos; no rehuye la vista de las escenas desagradables y afronta con entereza las situaciones difíciles. Tampoco se anda con rodeos. Su estilo recuerda al del mejor Pío Baroja, el de las frases cortas, simples y directas, que imprimen un ritmo de ofensiva relámpago, sacrificando si es necesario los detalles al alcance inmediato del objetivo. Los diálogos directos y sin rodeos no son parloteo de relleno, sino un medio eficaz de revelar la discusión dialéctica entre los personajes, su tensión entre lo que quieren ser y lo que el mundo les tiene reservado. Y la preferencia por la narración en primera persona ayuda a percibir con mayor intensidad los peligros a los que se enfrentan en el combate.

Este combate sin cuartel que es el estado habitual de los humanos y del cual probablemente no se librarán las generaciones futuras, ya sea por razones genéticas, culturales, históricas o bioquímicas. Por decirlo en clásico, milicia es la vida del hombre sobre la tierra y milicia seguirá siendo. Y seguirán existiendo escritores que levanten acta de las tristes guerras por si alguien puede obtener algún aprendizaje de la experiencia, conjurar los inevitables miedos o ayudar con el cuento a que el belicoso Ares

pueda conciliar de nuevo el sueño. Muchos de ellos envidiarán la pluma de Rafael Narbona, acerada y hermosa como una navaja.

No sigáis leyendo si no queréis despertar a Ares. Ya se oyen retumbar los tambores.

JAIME GONZÁLEZ GALILEA

PREFACIO

UNA NOTA DESDE LA ETERNIDAD

NO SOY UN bárbaro. Solo soy un hombre que no se avergüenza de sus impulsos. Matar a un semejante es una forma de rescatar el paraíso original, cuando la moral aún no se había transformado en una poderosa objeción contra la vida. Cada uno de mis actos constituyó una abominación para el resto de mis contemporáneos. Fui un monstruo a los ojos de la sociedad, pero el Dios crucificado no me condenará ni absolverá. No puede hacerlo. Su poder es insignificante. Cuando recuerdo el sollozo de mis víctimas, noto su dolorosa impotencia. El Dios crucificado es un pastor sin cayado, un prelado sin púrpura ni feligreses. Acuchillar a una ramera es una manera de liberarse de sus ridículas enseñanzas. Los hombres no son hermanos. Los hombres siempre están entretenidos en querellas y matanzas. El odio es mucho más común que la fraternidad y la fraternidad es tan frágil como una rama seca. Mientras mataba a las prostitutas de Whitechapel, solo apreciaba en sus ojos la estupidez de una res en el matadero. He realizado muchas vivisecciones con perros callejeros y sus aullidos me producían la misma indiferencia.

El hombre compasivo es un pastor que pretende sobrevivir sin sacrificar ni a una oveja. No hay nada morboso en mi modo de proceder. Solo intento liberarme de la carga impuesta por casi dos mil años de cristianismo. No soy un adorador del demonio.

El demonio no existe. Solo es un invento de viejas ignorantes y teólogos necios que no comprenden el sentido ascendente de la vida. La vida no reconoce ninguna solidaridad con los enfermos. El primer mandato de la Naturaleza es eliminar al débil, al malogrado, al inválido. La vida es apropiación, ofensa, avasallamiento, dureza, opresión. La abolición de la esclavitud es la prueba de nuestra decadencia. La igualdad es una fantasía terrorífica. El socialismo provocará que el hombre retroceda cinco mil años. Desaparecerá el lenguaje, la ciencia, el arte. No quedará nada. Ya no seremos los señores de la Naturaleza, sino un animal más, condenado a huir de sus depredadores.

Mis crímenes son una advertencia, un mensaje que pretende alertar a la humanidad sobre los riesgos de cualquier ideal igualitario. Necesité tiempo, pero la razón me enseñó a desdeñar la piedad. Ahora soy más feliz, más libre, más humano. Londres se estremeció con mi último crimen. La policía no pudo hacer nada. En el número 13 de Miller's Court, cerca de la calle Dorset de Spitafields, mutilé minuciosamente a Mary Jane Kelly. Desfiguré su rostro y le extraje el corazón, que conservo embalsamado. Si fuera un criminal vulgar, ya estaría entre rejas, esperando la horca, pero soy la espuma de un tiempo que adviene con la fuerza de una multitud furiosa. En cierta manera, ni siquiera soy un hombre. Soy la mano que desbroza la tierra para garantizar futuras cosechas.

La atención que causan mis crímenes solo confirma una secreta complicidad con mi trabajo. Muchos seres humanos sueñan con hacer algo semejante, pero una moral absurda, inculcada por padres y maestros, o el temor a ser castigados por la ley, les impide realizar sus anhelos. Cuando recorro los callejones, levemente iluminados por unas farolas ahogadas en la niebla, noto el malestar de los hombres presuntamente honrados. Noto que desean continuar el camino abierto por mi bisturí, pero solo se

atreven a asomar la cabeza. Actúan como esos niños que se tapan los ojos cuando abren un granero y se encuentran con un hombre ahorcado. Sus dedos no pueden frenar el impulso de separarse ligeramente para contemplar el rostro congestionado, la mirada de espanto y la lengua colgando hasta la nuez. Lo que ven les fascina, pero los adultos han acobardado su espíritu, privándoles de un goce legítimo.

No quiero terminar esta carta sin hablar de mis imitadores. Se me atribuyeron cinco asesinatos, de acuerdo con un *modus operandi* que se repitió en cada caso: degollamiento, estrangulación, mutilación genital. Hasta ahí es cierto. Después, comenzaron los falsos rumores. Nunca envié una nota a Scotland Yard. Jamás firmé como Jack el Destripador y, por supuesto, nunca añadí el remite: *From Hell*. Nadie conoce mi verdadero nombre. Nunca abandoné Londres. Nunca interrumpí mi rutina. Cuando surgieron imitadores, estimé que mi misión había concluido. No maté a Rose Mylett, Alice McKenzie ni a Frances Cole. No sé nada sobre el torso hallado bajo un arco ferroviario de la calle Pinchin o el brazo que apareció flotando en el Támesis, cerca de Pimlico. No soy el autor de la muerte de John Gill, un niño de siete años, que apareció en Mannigham, Bradford, con el abdomen seccionado y los intestinos al aire. Hay otros casos que han despertado sospechas sobre mi presunta implicación, pero se trata de sospechas infundadas.

Mis imitadores son los discípulos que anhela cualquier precursor. No importan su torpeza ni sus motivaciones. Yo di el primer paso, sembrando dudas sobre la obligación moral de respetar la vida humana. Las guerras que acontecieron en el siglo posterior son el eco de mis crímenes. Sigo vivo porque un hombre vive mientras hablan de su obra. Algo ha quedado de mi trabajo. Se desprecia la violencia, pero la violencia adquirió proporciones mitológicas con Auschwitz, Hiroshima y Nagasaki. Creo que he

derrotado al Dios crucificado. Se habla de igualdad y democracia, pero se menosprecia el fracaso y la debilidad. La miseria que aflige a millones de seres humanos revela que no se ha perdido el sentido aristocrático de la vida. La moral es una prisión y yo he derribado sus muros. Soy un libertador, un nuevo Cristo. Mi signo no es la cruz, sino una carcajada inmortal.

No sé cómo será el porvenir, pero cada noche sueño con un tigre avanzando lentamente por la nave principal de una iglesia de altos vitrales. La luz se demora en su terrible simetría. Me despierto cuando empieza a despedazar la carne del falso Mesías que nos prometió una inexistente eternidad. He abierto los ojos a la humanidad y la humanidad no volverá a enfermar con la absurda esperanza de un más allá. Las prostitutas de Whitechapel murieron sin comprender que contribuían a desenmascarar a un impostor. He de reconocer que a veces he experimentado hacia ellas algo parecido a la piedad.

HISTORIAS DEL VIEJO MUNDO

REBELIÓN DE PASCUA

GERRY ERA UN gigante tranquilo, un irlandés con la mejilla izquierda desfigurada por una cicatriz. De ojos azules, pelo áspero y rojo, y unas manos enormes, trabajaba en tareas pesadas, como las obras del metro de Nueva York, la canalización del gas o la cimentación de edificios. Era un hombre fuerte, que aguantaba jornadas extenuantes. Ya había cumplido los cuarenta, pero aparentaba diez años más. Con la edad, se había vuelto lento y torpe. Gerry recordaba con nostalgia su juventud, cuando sus piernas sorteaban un muro de piedra con un simple impulso. En esa época, sus manos eran hábiles y precisas. Siempre había presumido de su puntería. Abatía a un conejo y aún tenía tiempo de recargar la escopeta y cobrarse otra pieza, mientras el resto de los cazadores se lamentaban de su mala suerte. De vez en cuando, se implicaba en una pelea, pero no era particularmente pendenciero. En una estúpida riña, le rompieron la nariz con una jarra de cerveza. Su adversario aprovechó la confusión para huir. Un amigo le enderezó el tabique y le animó a buscar venganza. Gerry se encogió de hombros y se olvidó del asunto.

No era viejo, pero el cuerpo ya no toleraba ciertas filigranas, como trepar por una cuerda o sostener una botella vacía con la punta de la nariz. Solo le quedaban los recuerdos o el incompleto goce de observar a otros realizando sus deseos. Mientras recogía escombros con una pala o cavaba una zanja, fantaseaba

con pasearse por las vigas de los edificios en construcción. Le hubiera gustado contemplar la ciudad desde arriba, respirando el mismo aire que los pájaros. Admiraba a los mohawks, esos nativos iroqueses que desconocían el vértigo, capaces de almorzar sobre una viga situada a ciento cincuenta metros, con las piernas colgando y las manos ocupadas en sujetar la comida. Los mohawks hablaban entre ellos, a veces hojeaban los periódicos o fumaban un cigarrillo, sin preocuparse de una posible caída. Su serenidad no nacía tanto del valor como de su compenetración con las alturas.

La ciudad que se extendía a sus pies parecía una boca hambrienta, con edificios feroces como colmillos, impacientes por devorar a esos hombres que realizaban piruetas en el aire. Los mohawks avanzaban tranquilamente por las estructuras, sin que su cuerpo hiciera ningún esfuerzo por mantener el equilibrio. Si experimentaban cansancio, se tumbaban sobre las vigas y dormían unas horas. Las alturas eran su Casa Larga, el hogar perdido durante las guerras entre ingleses y franceses, antes de ser expulsados de sus tierras y obligados a establecerse en Manitouana, las Mil Islas que acogieron a un pueblo derrotado, pero con el espíritu libre, orgulloso y sin miedo a la muerte. Los mohawks habían perdido su tierra natal, pero los pocos que ahora trabajaban en los rascacielos, enseñando a los blancos a bordear alturas de vértigo, habían recuperado su vínculo con la morada del cielo, donde la muerte solo es una ilusión.

De joven, Gerry apenas rozaba los noventa kilos, con sus casi dos metros de estatura, pero ahora superaba los ciento treinta y constituía una insensatez desafiar a la gravedad. Su destino era vivir apegado al suelo, escuchando el ruido ensordecedor de la ciudad, imperceptible desde las alturas. Su anhelo de ser un mohawk nunca se realizaría. Acostumbrado a las pérdidas, se limitaba a bromear con sus compañeros:

–Desde abajo, parecéis pájaros. Algún día, extenderéis los brazos y empezareis a volar.

–Es probable –le contestaban–, pero el vuelo terminará en el suelo. No es una mala forma de morir. Es mejor que hacerse viejo.

Gerry asentía, mientras se secaba el sudor y estiraba la espalda, huyendo de unos dolores cada vez más intolerables.

–¿Estás enfermo, Gerry? –le preguntaban los mohawks.

–Solo es vejez.

–¿Has luchado alguna vez, Gerry? Los irlandeses tienen fama de ser buenos soldados.

Gerry no respondía, desviando la mirada.

–Morir joven no es tan malo –aseguraban los mohawks–. Sobre todo si mueres peleando.

–Cualquier cosa es mejor que la vejez. La vejez es una enfermedad nauseabunda.

Gerry repetía a menudo esa frase. Era lo último que le dijo Holden, el oficial que le salvó del avispero donde quedaron atrapados, cuando fracasó la rebelión de Pascua. En esa ocasión, había combatido voluntariamente, pero se avergonzaba de su pasado como fusilero en los regimientos irlandeses. Después de enfrentarse con una patrulla inglesa, el juez le permitió escoger entre la cárcel o el reclutamiento forzoso. Prefirió la guerra. No soportaba la idea de estar en prisión. Mientras le trasladaban al frente, se convenció a sí mismo de que no luchaba por la corona inglesa, sino por esa incomprensible belleza que acontece en el campo de batalla. Con dieciocho años, pensaba que la naturaleza del hombre le exige acudir adondequiera que haya pelea. En suelo francés, soportó los gases, las trincheras, las alambradas, la privación de sueño, la escasez de agua y comida, el tedio, las ratas y los piojos. Nada de eso le desalentó, pero la guerra de trinche-

ras, con su monotonía y vileza, destruyó poco a poco sus fantasías románticas sobre la guerra.

Mientras realizaba una guardia, asomó la cabeza para contemplar una vez más la destrucción que le rodeaba: tierra calcinada, árboles renegridos, cráteres atestados de cadáveres, caballos devorados por hormigas y gusanos, carros de combate convertidos en chatarra. Observó cómo bebían del mismo charco ratas y mosquitos, lamentándose de no poder rellenar su cantimplora vacía. El agua escaseaba en el frente. La garganta, maltratada por el polvo y los gases, siempre añoraba algo de frescor. De repente, notó un impacto en la cara y cayó hacia atrás. No recordaba el traslado en una camilla. Dos desconocidos se jugaron la vida para que lo atendieran los médicos. Pasó unas semanas en un hospital de campaña, con una hebra de conciencia y cuando se recuperó, le repatriaron con el rostro desfigurado. Había recibido un balazo en la mejilla izquierda y se había fracturado la base del cráneo. El médico le explicó que sufriría fuertes dolores de cabeza el resto de su vida a consecuencia de la conmoción cerebral. El ejército le licenció por sus heridas y la justicia no le molestó más.

Regresó a Irlanda avergonzado de haber vestido el uniforme inglés. No todos los irlandeses experimentaban ese sentimiento. Muchas familias tenían hijos en el frente y se sentían orgullosas de que combatieran por la «Union Jack». Vagabundó por Dublín unas semanas, gastándose su paga de soldado en cerveza y pensiones inmundas, donde a veces pasaba la noche en compañía de una ramera hambrienta, que vendía su cuerpo a cambio de unas monedas para comprar aguardiente. Después de la experiencia en el frente, deseaba luchar por Irlanda. No sospechaba que el azar le ofrecería una oportunidad en seguida. Cuando el 24 de abril aparecieron los primeros rebeldes armados, se unió espontáneamente a la sublevación. El jaleo comenzó con el ta-

ñido de las campanas convocando a misa. Un hombre delgado, de ojos azules y rostro ascético, con uniforme de capitán de los Voluntarios Irlandeses, le interrogó al descubrir su presencia entre sus hombres, que le habían aceptado sin preguntar nada. El desconocido le inspiraba simpatía, pero el capitán necesitaba comprobar que ese muchacho pelirrojo, con una enorme cicatriz en la mejilla izquierda, no era un espía o uno de esos aventureros que se suman al combate, sin preocuparse demasiado del bando por el que arriesgan su vida. Solo quería a su lado patriotas leales y no locos de reacciones imprevisibles.

—¿Por qué quieres luchar? Si fracasamos, nos ahorcarán. Y solo tenemos una posibilidad entre un millón. Todos los que están aquí lo saben.

—Quiero pelear —explicó Gerry, rascándose la mejilla—. Hablar no es lo mío, pero le aseguro que desde niño sueño con una Irlanda libre.

—¿Y esa cicatriz? Es reciente y parece de un arma de fuego.

—No le voy a engañar. He luchado en Francia con uniforme inglés. Me reclutaron a la fuerza. No quería ir a prisión.

—Pareces sincero —dijo el capitán, con una creciente simpatía en los ojos—. ¿Estás dispuesto a morir?

—Si Dios así lo quiere, yo no soy nadie para cuestionar su voluntad.

El capitán le estrechó la mano con una sonrisa:

—Creo que dices la verdad. De momento, no puedo entregarte ningún fusil. Tendrás que quitárselo a un inglés o recoger el de un compañero caído.

—A sus órdenes, capitán...

—Capitán Holden.

Los rebeldes no llegaban a mil, la mayoría sin experiencia militar y ni siquiera contaban con el apoyo de sus compatriotas.

Parecían una partida de oficinistas jugando a la guerra, acompañados por unos cuantos adolescentes y un puñado de viejos. Salvo unos pocos uniformes, proliferaban las gorras de cuadros, las chaquetas de lana, algún bombín y los pañuelos anudados al cuello. Muchos dublineses les abucheaban, pues eran leales a la corona. Gerry contempló con angustia la torpeza de sus camaradas. Solo Holden conocía el arte de la milicia. Gracias a su habilidad y determinación, sus escaramuzas con los ingleses, que intentaron cortarles el paso en varios puntos, se resolvieron a su favor, sin sufrir demasiadas bajas. De acuerdo con lo previsto, tomaron la Oficina Central de Correos, celebrando la victoria con gritos de euforia, sin olvidar que el precio de su acción sería terrible. Gerry recogió el fusil de un soldado con un orificio de bala en la mejilla izquierda. Era un muchacho joven, un irlandés con uniforme británico; no tendría más de dieciocho años. El olor a carne chamuscada revelaba que la muerte era reciente. «Yo fui más afortunado», musitó Gerry, palpándose la cicatriz. Después de comprobar el estado del arma, subió las escaleras de tres en tres, estremecido por una ebriedad que no había experimentado en el frente francés. Cruzó una sala con señales de lucha y pudo situarse entre los hombres que protegían la retaguardia del balcón principal. Desde allí, se proclamó «la República de Irlanda como estado independiente y soberano», con una declaración que leyó Patrick Pearse.

Pearse era un hombre de aspecto corriente, pero se notaba que era un soldado y a la vez un poeta; hablaba con la autoridad de un comandante en jefe y la elocuencia de un maestro de escuela: «La fuerza de nuestra voluntad nos ha llevado hasta el lugar donde estamos y aquí permaneceremos, fieles a nuestros juramentos. Nuestra sangre pertenece a Irlanda y no al Imperio Británico. Si hemos de morir por la libertad de nuestro país, aceptaremos el sacrificio, orgullosos de dar la vida por nuestra tierra. De las tum-

bas de los patriotas muertos, brotan las naciones vivas. Irlanda no conocerá la paz hasta que acabe la opresión. Aunque nos derroten hoy, luchar siempre es vencer, pues nuestra sangre servirá de inspiración a las nuevas generaciones, que crecerán con el anhelo y la determinación de una Irlanda independiente y soberana. Morir por nuestra patria nos justifica ante Dios, que nos hizo hombres libres y nos exige que obremos con valor y dignidad».

Después de la alocución, esperamos la reacción de los ingleses. Los rebeldes ocuparon posiciones en la Oficina de Correos. No se respiraba miedo, sino ebriedad e impaciencia. El primer ataque procedió de los Lanceros. Se acercaron lentamente al edificio, con el desprecio del Imperio hacia los pueblos sometidos. Ni siquiera prepararon sus armas. Su orgullo cedió ante las descargas de los fusiles, que hicieron fuego casi a quemarropa. A Gerry no le causó ningún problema disparar contra los jinetes. Ya había matado a otros hombres en Europa, pero sintió pena de los caballos, que se desplomaron lanzando lastimosos quejidos. Su sangre formó grandes manchas en el suelo, con aspecto de rosas rebosantes de vida. Algunos intentaban levantarse, agitando inútilmente sus patas; otros, agonizaban con patéticos estertores, mostrando la fragilidad de un animal demasiado hermoso para morir de una forma tan cruel. Los Lanceros que sobrevivieron al fuego de los fusiles huyeron a pie o en las pocas monturas que se habían salvado. Los rebeldes gritaron tres veces ¡Hurra!, levantando las gorras sobre sus cabezas. Holden frenó el entusiasmo de sus hombres, recordándoles que la batalla solo había comenzado y era imprescindible no bajar la guardia.

–Enviarán refuerzos. No tardarán mucho. Hay que prepararse para resistir. Apuntad con cuidado. Escasea la munición.

Holden era un buen jefe. Excelente tirador, durante el asalto a la Oficina de Correos había abatido a un oficial y a dos soldados, facilitando el avance por la escalera principal. No esquivaba los

riesgos ni adoptaba conductas temerarias. Poseía la tenacidad de los hombres comprometidos con una causa. No vacilaba ni se desanimaba. Solo necesitaba unos segundos para adoptar una decisión. Su mente observaba el terreno y resolvía casi en el acto el problema planteado por cada incidencia del combate. Sabía escoger una posición y abandonarla, lanzar un asalto y organizar la retirada. Su conocimiento de la guerra le había enseñado que el éxito dependía del estado de ánimo de sus hombres. Era necesario hablar con los combatientes, levantar su moral, transmitirles confianza, mantener el espíritu de grupo. A veces, Holden parecía un profesor de lenguas muertas, preparando a sus pupilos para un examen particularmente difícil. Serio, pero cordial; inteligente sin pedantería; parco o elocuente, según la necesidad de cada hombre. La eficacia con la que desmontaba y limpiaba el fusil y sus dos pistolas Máuser evidenciaba su familiaridad con las armas. Si algún muchacho flaqueaba, no le afeaba su conducta. Sabía que el miedo es el compañero inseparable del soldado. La única manera de dominarlo es anticiparse a él, preparar la mente para soportar su asedio, no responder a sus provocaciones, conservar la cabeza fría.

Hay oficiales que combaten el miedo mediante el terror. Piensan que solo el miedo supera al miedo. Piensan que los soldados obedecen porque la disciplina les ha enseñado a temer las consecuencias del más pequeño gesto de insubordinación. Entienden que la disciplina debe ser brutal e inmisericorde. Ni siquiera debe ser justa. El soldado nunca debe estar tranquilo, pues en ese estado se relajará y antes o después se hará indisciplinado. Holden no veía las cosas de esa manera. La disciplina no es capaz de contener una oleada de pánico o evitar las desertiones. No se consigue la victoria con una tropa embrutecida por castigos desproporcionados. El soldado que combate por convicción aceptará cualquier sacrificio y no abandonará su puesto. Muchos oficiales acaban

con un tiro en la nuca por ignorar estas cosas. Gerry advirtió de inmediato que Holden disfrutaba del afecto de sus hombres, que aceptaban sus órdenes sin cuestionarlas, persuadidos de que siempre obraba de una forma justa y prudente. Si cundía el miedo o el desánimo, su presencia restauraba en el acto la determinación de luchar hasta el final. Gerry se alegraba de combatir bajo su mando. Se preguntaba cuál sería su historia. Aparentaba treinta años y se comportaba como un caballero, pero sin la arrogancia de un aristócrata. Al igual que el resto, rezaba entre dientes, invocando la ayuda de Dios. No pedía milagros, sino coraje. Cuando las cosas comenzaron a marchar mal, se dirigió a sus hombres, recordándoles que sus vidas no importaban: «La victoria pertenece al que persevera más. Nosotros hemos dado el primer paso. Eso es lo único que cuenta».

Conservar la Oficina de Correos costó muchas bajas. Los ingleses regresaron con columnas de infantería y artillería pesada. La diferencia era de cinco a uno, a favor de los ingleses. Aun así, resistieron una semana. O'Connell Street se convirtió en un infierno. Había cadáveres por todas partes. Casas incendiadas y comercios saqueados, fachadas desplomadas, barricadas levantadas con sacos de tierra y muebles requisados, camiones destrozados por las granadas, farolas caídas con aspecto de lanzas descabezadas. Holden mantuvo la posición hasta que se hizo inevitable abandonar la Oficina de Correos. Los supervivientes de su compañía –unos treinta hombres– fueron diezmados por los ingleses. Solo una docena logró superar el cerco. Se refugiaron en callejones y patios, evitando plazas y calles principales, pero los ingleses los acosaban sin tregua y los cazaban poco a poco. Holden retrocedía continuamente para rescatar a los rezagados, pero no servía de nada. Sin recursos para evacuarlos, tuvieron que abandonar a los heridos, algunos muy jóvenes, casi niños, que se consolaban besando un escapulario. Gerry comprobaba que el

suyo aún colgaba del cuello. Las madres entregaban un escapulario a sus hijos cuando se marchaban a la guerra, pensando que les protegería o que al menos les permitiría morir como cristianos. Ser valiente es un deber si corre sangre irlandesa por tus venas, pero los muchachos de dieciocho años lloraban cuando notaban la proximidad de la muerte. Su mirada endurecida por el deseo de aparentar fiera se esfumaba al notar que la vida se les escapaba de las manos. Algunos gimoteaban el nombre de su madre; otros suplicaban agua, mientras les ardían las entrañas. Casi todos pedían que no se olvidara su valor: «Quiero que mi familia esté orgullosa. Lo he hecho por Irlanda». A veces, reservaban unas últimas palabras para sus seres queridos o comenzaban a decir incongruencias, trastornados por el sufrimiento. Holden intentaba infundirles valor, visiblemente afectado por la impotencia de no poder hacer nada, salvo ayudarlos a morir. Anotaba en una libreta lo que le pedían, sin ignorar que se comprometía con algo irrealizable. Los más viejos reaccionaban con más serenidad. Gruñían y maldecían, pero protestaban si algún camarada intentaba socorrerlos: «Yo he terminado aquí. Me han agujereado el culo. No puedo moverme. Seguid y duro con esos bastardos». Al final, solo Holden y Gerry llegaron a los suburbios.

Por primera vez, Gerry observó el rostro de Holden ensombrecido por la fatiga y el desaliento. Había perdido a todos sus hombres y no entendía por qué las balas y las explosiones habían respetado su vida. Solo una esquirla había rozado su frente, provocándole un rasguño superficial. Con las manos ennegrecidas y un dedo fracturado por una caída, conservaba el autodomínio del oficial profesional. Al observar el dedo roto, Gerry descubrió que lo había entablillado con un cordón de zapato y un pequeño lápiz. En la guerra, todos especulan con la vida anterior de los oficiales. Nadie quiere estar a las órdenes de un inepto que debe sus galones a la posición social de su familia.

–¿Te extraña el lápiz? –comentó Holden, con una sonrisa triste–. Siempre llevo uno encima. Es necesario para interpretar un mapa.

–Capitán, ¿es usted ingeniero?

Holden negó con la cabeza. Gerry no se atrevió a preguntar más. «Tal vez es maestro. Desde luego, no habla como un tratante de ganado». Sin embargo, Gerry no puedo evitar un comentario en voz alta, más espontáneo que premeditado:

–Han caído muchos. Los ingleses fusilarán a los prisioneros. ¿Ha merecido la pena?

–No tiene sentido preguntarse si ha merecido la pena –dijo Holden, apartándose el sudor de la frente–. Simplemente era necesario. La próxima vez habrá más posibilidades.

Gerry recordó las carnicerías en la guerra de trincheras. Durante las ofensivas, avanzaban entre una marea de cadáveres, que habían adquirido las posturas más insólitas al ser sorprendidos por la muerte. De rodillas, semienterrados, mutilados, descabezados, con las vísceras al aire, en posición fetal, con un brazo extendido, con las piernas dobladas en posiciones imposibles, a veces un tronco separado de sus extremidades o una mano solitaria, lejos del cuerpo al que había pertenecido. La muerte no respetaba a sus víctimas. A veces se reía de ellas, dejando las nalgas al descubierto o dibujando una sonrisa estúpida en un rostro sin vida. La muerte no se mostraba más compasiva con el paisaje. El campo de batalla era una ciénaga, una tierra yerma, colonizada por ratas y mosquitos, un escenario macabro, oscurecido por nubes perpetuas. Las explosiones iluminaban ese desierto, con resplandores rojos, anaranjados o violetas. Las botas se hundían en el barro, convirtiendo la marcha en algo penoso y ridículo. No había nada heroico ni hermoso en esa pantomima. Gerry se avergonzaba de estar vivo aún.

–No te avergüences –dijo Holden–. Es normal sentirse así.

–¿Cómo sabe lo que estoy pensando? –preguntó Gerry, confundido.

–Todos los que sobreviven se preguntan por qué. No hay que sentir vergüenza.

–Tal vez han muerto hombres mejores que yo.

–Puede ser, pero las balas no reparan en esas cosas. En la guerra, solo eres el uniforme que llevas.

–Yo no escogí llevar el uniforme inglés.

–Por lo menos, ahora has combatido por algo en lo que crees.

Gerry asintió, pero la vergüenza continuaba ahí, mordisqueándole como un hormiguero enfurecido con un intruso.

–No perdamos el tiempo hablando. Hay que salir de aquí –dijo Holden–. Al otro lado de esos edificios, hay un puente. Estará vigilado, pero no creo que haya más de dos o tres soldados.

–¿Tan pocos? ¿Por qué?

–Los ingleses han supuesto que no llegaríamos hasta aquí. Por eso han dejado pocos hombres. Eso sí, probablemente tendrán una ametralladora. Hay que matarlos antes de que puedan reaccionar.

Holden no se equivocaba. Había dos centinelas con una ametralladora sobre un trípode. Protegidos por una barricada, hablaban entre ellos. Parecían relajados. La punta de un cigarrillo se paseaba de una mano a otra.

–Están a unos cincuenta metros. Afina la puntería –susurró Holden–. Si usan la ametralladora, tendremos que retroceder y será la muerte. No dispararemos hasta que se escuche una explosión o un tiroteo. Espera mi señal.

Gerry se apoyó en una pared y acarició el gatillo con suavidad. El polvo le quemaba la garganta, el corazón latía con violencia. A sus espaldas, comenzó un intercambio de disparos.

–Ahora –ordenó Holden.

Se escucharon dos detonaciones simultáneas y los dos soldados se desplomaron a la vez. Holden y Gerry avanzaron rápidamente hasta tomar su posición. Apartaron los cadáveres, evitando mirarles a la cara. Nadie quiere recordar el rostro del hombre al que ha matado. Se escondieron detrás de la barricada y comprobaron el estado de la ametralladora. Gerry recogió la colilla aún encendida y se llenó los pulmones de humo. Sintió la humedad de los labios que hasta hacía unos instantes habían disfrutado del cigarrillo. Holden no le prestó atención cuando le ofreció una calada. Había sustituido su fusil por el de uno de los soldados abatidos y le recomendó hacer lo mismo. Amartilló sus pistolas Máuser y las colocó sobre un saco de tierra.

–Hay que marcharse en seguida –dijo Holden–. Yo te cubriré. Después, me cubrirás tú.

Gerry sabía que el primero apenas tendría posibilidades, pero el segundo caería sin remedio. Miró a Holden y comprendió que ya había tomado una decisión. Necesitaba justificar la responsabilidad que había asumido. Al menos, intentaría salvar al último de sus hombres. Nada le haría cambiar de decisión.

–Cuando descubran que tenemos la ametralladora, intentarán rodearnos por los flancos.

Holden abrió uno de los bolsillos de su guerrera y extrajo una carta.

–Es para mi hermano Julian. Está en la cárcel, acusado de sedición. Solo tiene veintitrés años. Le han condenado a la horca. Y toma mi cuaderno. He apuntado el nombre de todos los caídos. Sus familias agradecerían una nota. Intenta que no te maten y podrás cumplir con tu misión.

Gerry guardó la carta y la libreta en su chaqueta de civil. Sin poder evitarlo, sonrió. Había combatido en dos escenarios dis-

tintos y en las dos ocasiones con la indumentaria inadecuada. No sabía qué le molestaba más: el uniforme inglés o esas ropas de civil que le convertían en un terrorista a ojos de la corona.

Un pelotón inglés hizo su aparición en ese momento. Les pidieron a gritos que se identificaran. Al no obtener respuesta, empezaron a desplegarse.

–Aprovecha la oportunidad –exclamó Holden–. Sal de este agujero.

–No quiero actuar como un cobarde.

Unos disparos sobrevolaron sus cabezas.

–¡Obedece de una vez, maldita sea! ¡Estás bajo mi mando!

Holden abrió fuego de izquierda a derecha, barriendo la posición inglesa. Gerry disparó hasta vaciar el cargador. Holden se dio la vuelta y le propinó un puñetazo, que le hizo retroceder.

–Esas cartas son importantes. ¡Márchate!

Gerry sacudió la cabeza y retrocedió sin mucha convicción. El golpe le había dejado aturdido. A menos de doscientos metros, había un desnivel que le haría desaparecer. Su salvación dependía del tiempo que aguantara Holden. Antes de bajar por el terraplén, miró hacia atrás. Holden manejaba la ametralladora con mortífera eficacia, frustrando el avance del pelotón, pero los ingleses habían obtenido refuerzos y la superioridad numérica se manifestaba en forma de media luna creciente. El arco se cerraría y Holden sucumbiría en su centro. Hipnotizado, Gerry echó cuerpo a tierra y observó. La ametralladora enmudeció. Se habían acabado las balas o se había encasquillado el arma. Holden se incorporó con una pistola Máuser en cada mano y abandonó el parapeto. Lanzó un grito y cargó con la contundencia de una brigada de caballería. Se desplazaba a derecha e izquierda mientras corría, sin dejar de disparar. Estupefactos, los ingleses no reaccionaron, hasta que un oficial ordenó abrir fuego. Gerry notó

que una fuerza más poderosa que su voluntad le propinaba una patada en el trasero, arrojándole al otro lado del desnivel. Corrió con todas sus fuerzas, sin mirar hacia atrás.

Seis meses después, se hallaba en Nueva York, trabajando como estibador. Nunca prestó mucha atención a la libreta. Sabía que en la cercanía de la muerte casi todos los hombres se igualan en miedo e incertidumbre. Todos los comentarios se parecían. Holden se había limitado a transcribir sus palabras. Palabras que nunca llegarían a sus destinatarios. Gerry jamás contactaría con las familias, pues si volvía a Irlanda, acabaría ahorcado. Descartó enviarlas por correo, pues presumía que los ingleses controlaban las comunicaciones de las familias con algún padre, hijo o hermano involucrado en la rebelión. Si las interceptaban, se reirían de los caídos y molestarían a las madres y las viudas, interrogándolas con brutalidad. Se limitó a guardar la libreta con respeto, preguntándose qué sucedería con ella cuando él muriera. La carta de Holden excitaba poderosamente su curiosidad, pero nunca se planteó abrirla. No tenía derecho a inmiscuirse entre dos hermanos que se despiden para siempre.

Por las noches, escuchaba la radio de la pensión donde se alojaba. Había otros irlandeses y varios italianos. Eran bastante ruidosos cuando comentaban las incidencias del día y a veces discutían acaloradamente. La noche en que la radio anunció la ejecución de seis irlandeses en Dublín, todos se callaron para no perder detalle. Uno de los ajusticiados se llamaba Julian MacBride. Su hermano Holden MacBride, capitán de los Voluntarios Irlandeses, había participado en la insurrección de Pascua, donde había caído bajo las balas del ejército inglés. No se informaba de nada más.

Gerry consideró que ya no tenía sentido mantener la carta cerrada. Rompió el sobre y comenzó a leer:

«Querido Julian:

»Escribí esta carta para que la leyeras si la suerte no nos favorecía. No sé si llegará a tus manos, pero si ya no está en mi poder, no debes hacerte ilusiones sobre un posible reencuentro. En el mejor de los casos, habré caído prisionero y solo me cabrá esperar una sentencia de muerte. Si he tenido más suerte, seré uno de los caídos en la rebelión contra el yugo inglés. Sabíamos que el fracaso era el desenlace más probable, pero no podíamos permanecer al margen. Si todo termina con nuestras cabezas colgando de una soga inglesa, al menos habremos hecho lo que nos exigía nuestra conciencia. Yo preferiría morir en el campo de batalla, abatido por un fusil o incluso por una bayoneta. La horca debería estar reservada para los rufianes. Nosotros no somos delincuentes. Somos patriotas y deberíamos enfrentarnos a un pelotón de fusilamiento, no a un patíbulo donde se ajusticia a un vulgar criminal. Sin embargo, los ingleses nos consideran traidores y nos reservan una muerte indigna y humillante. Los Voluntarios Irlandeses aún carecen de las armas y la experiencia necesarias, pero en estos meses he comprobado sus progresos y su innegable valor. La vida militar ha representado para mí una continuación de mi trabajo como maestro de escuela. En ambos casos, hace falta ingenio y espíritu de superación. Tienes que improvisar, concertar voluntades, no perder la autoridad ni la fe. Los soldados necesitan disciplina y alguien que les infunda confianza. Mis hombres son leales y obedecen sin rechistar. Saber que te siguen a ciegas, solo incrementa tu sentido de la responsabilidad. Cada vida depende de tus decisiones. Cada baja afecta a la moral de la tropa. La muerte solo se tolera si acontece por necesidad. Morir por la torpeza de un oficial es inaceptable. En estos meses, he intentado que los soldados aprendieran a moverse en el campo de batalla, pero la rebelión se producirá en Dublín. Tendrán que luchar entre las calles. Es

un escenario complicado, donde la posición del enemigo siempre es imprevisible.

»Tengo bajo mi mando a muchachos de dieciocho años y a hombres de cuarenta y cinco. No les he tratado con suavidad, pero han comprendido que no podía actuar de otro modo. Confío en ellos y sé que no me decepcionarán. Me gusta la vida militar. He experimentado la sensación de enfundarme en una vieja y cómoda americana de *tweed*. Noto en los gestos de mis hombres la impaciencia por combatir, la determinación de ofrecer lo mejor de sí mismos, la serenidad del que expone su vida por una causa justa. No aprecio miedo ni inseguridad. Sé que participo en algo que se recordará con orgullo. Somos la primera línea de una oleada que costará muchas vidas, pero al final conseguiremos nuestro objetivo: una Irlanda libre y republicana. No lo veremos, pero habremos contribuido a hacer realidad el anhelo de libertad de un pueblo sometido. La independencia no acabará con todos los problemas. Es posible que surjan tensiones internas, divisiones que desemboquen en la formación de nuevos bandos. Tal vez los irlandeses acaben luchando entre sí. La independencia podría costar una guerra civil. Si eso sucede, habrá que olvidar los agravios y perdonar. Será lo más difícil, pero así se construyen las naciones. Si el odio nos enfrenta en una lucha fratricida, solo la generosidad y el perdón nos librarán de convertirnos en un pueblo débil y dividido. Espero que Dios nos inspire y que algún día Irlanda pueda mirar al resto de las naciones de igual a igual, demostrando que somos un gran país.

»Me hubiera gustado darte un último abrazo, pero no será posible. Ruego a Dios para que nos acoja en su seno. Temo a la muerte, como cualquier hombre, pero también experimento el orgullo que sentíamos cuando regresábamos a casa con el cuerpo molido, después de pegarnos con los chicos de otros pueblos. Las riñas eran terribles. Puñetazos, pedradas, patadas. Si nos hacían daño

de verdad, solo nos preocupaba que nuestra madre no se enterara de que nos habían roto un diente o una costilla. Aquello era un juego, pero esta vez pelearemos por algo serio y, probablemente, no regresaremos a casa. Espero que Dios nos perdone por el dolor que causaremos a nuestra madre, pero creo que ella lo entenderá. Al menos, podremos estar seguros de no haber malgastado la vida. Recibe mi afecto de hermano y cuando llegue la última hora, piensa en Dios y en Irlanda. Eso te dará valor».

La impecable caligrafía de Holden mostraba claramente su condición de maestro. Gerry guardó la carta y salió a pasear por el muelle. Mientras observaba cómo entraba en el puerto un carguero, se preguntó si había merecido la pena sobrevivir. Algo le decía que pasaría el resto de su vida en Nueva York, trabajando en tareas ingratas por un sueldo miserable. Envidió a Holden. Desde luego, no le faltaba razón cuando afirmaba que morir no es gran cosa. Lo difícil es vivir. Gerry pasó toda la noche en el puerto, contemplando el tránsito de los barcos y el triste deambular de los que dormían a la intemperie. Una prostituta le ofreció sus servicios, pero no le hizo caso. Dos policías le molestaron, obligándole a refugiarse en una taberna. Se emborrachó ligeramente, pero cuando comenzó su turno de estibador ya se había despejado. Sin embargo, el encargado notó el olor.

—¿Te has pasado toda la noche bebiendo? Todos los irlandeses sois iguales. Ha llegado un barco de la India. Cuidado con las cajas. Si rompes algo, te lo descuento de tu sueldo.

Gerry se encogió de hombros y se colocó el gancho detrás del cuello, encaminándose hacia un enorme buque con el casco pintado en rojo y negro y unas letras blancas semiborradas, pero aún legibles. Gerry se estremeció al leer su nombre: *Patna*. No sabía lo que significaba, pero sintió que tenía una cuenta pendiente y que la vida nunca le ofrecería la oportunidad de saldarla.